

Cartas de París

Junio, 1971.

La llegada a París resultó algo inquietante, pues en plena huelga de trenes y con quince valijas, tuve que tomar un taxi desde el Havre para llegar con todo el cargamento al hotel que me habían reservado cerca de la Embajada. En París no hay una habitación disponible debido a los cuatro o cinco salones internacionales que abrieron sus puertas casi al mismo tiempo. Especialmente la exposición de los textiles que realmente atrae multitudes humanas. A causa de algún error en el sistema de reservas, recién a medianoche, después de arduas discusiones, conseguí un diminuto cuarto sin baño, y abandonando ya las maletas en el hall, me entregué al anhelado reposo.

La mañana siguiente, primer día de verano, me recibe con frío a pesar del calendario y mi primera preocupación es buscar abrigo y pañuelos en el complejo equipaje. Al fin, a la hora del almuerzo bajo por los Campos Eliseos y siento evidente emoción al volver a formar parte de este universo de viajeros que circulan sin principio ni fin. Como las olas del mar se renuevan siempre y siempre se parecen. Me siento en la terraza del siempre recordado "Fouquet's". Pasan apresuradas mujeres hermosas y extrañas, tan internacionales que ya pueden pretender al título de "parisiennes". Los "hot-pant", están a la orden del día y a mi gran sorpresa veo muy pocas "maxi-faldas". Mis vestidos nuevos pasarán al archivo y volveré a ponerme los que en Montevideo me parecían anticuados.

Mi primera preocupación es comprar todos los diarios y, sobre todo, los que se contradicen. Se comenta la aparición del señor Pampidou en televisión y la entrada de Gran Bretaña en el mercado común. Tema éste apasionante y palpitante aunque, aparentemente, se producirá recién en enero 1973. Mis habituales periódicos literarios me ponen en seguida al corriente de las novedades que habrá que ver con mayor urgencia. Como todos los años, en esta época, empezó el "Festival du Marais". Se realizan espec-

táculos nocturnos en el antiguo barrio, en las casas iluminadas, conservadas después de largas polémicas y en cuyos patios y jardines se representan obras de teatro, ballet o conciertos.

Amigos escritores consultados me recomiendan como lo más "importante" del momento obras de autores extranjeros. No debía extrañarme entonces no haber conseguido comer comida francesa a las cien horas de mi llegada. Los amigos insisten en hacerme conocer las novedades. Restaurantes griegos, italianos, chinos y, sobre todo, los "pubs" y los "drug stores" que han aparecido y se multiplican en todos los barrios.

Hoy, sábado, decido salir sola, lo que sigue siendo la única manera de hacer lo que a uno se le da la gana. Estoy en "St Germain des Prés"; conseguí comer la "blanquette de veau a l'ancienne" y la deliciosa "tarte aux fraises". Entro en la antigua iglesia de "St. Germain" y vuelvo a encender una vela ante "Notre Dame de la Consolation" que, por segunda vez, me concede un milagro. Hace tres años le pedí que me trajera aquí mismo, lo más pronto posible. Mi vela disminuye lentamente y en cierto momento se tuerce con un pequeño lamento, como una contestación a mis preguntas, como un símbolo del transcurrir del tiempo. Cruzo a "Les deux magots". Estoy sentada en la misma mesa que ocupaba hace años cuando Sartre frecuentaba el lugar y lo escuchábamos boquiabiertos. No está Sartre pero sí el mismo viejo mozo de entonces que me sirve idéntico café tibio en la idéntica bandeja redonda. Insisto en caminar por las calles bajo la lluvia y a pesar de mis gruesos pantalones y de mi tricota de lana estoy helada. He llegado a la plaza más poética del mundo; la placita "Furstemberg". La puerta del "atelier Delacroix" está abierta y el famoso único candelabro de la plaza no tiene por casualidad, en este momento, turistas ni trovadores.

Un insospechado taxi me lleva a la "Madeleine". Quiero ver el famoso filme de Joseph Losey: "The go-between", diálogos y escenario nada menos que de Harold Pinter. La larga cola de espera bajo la lluvia pero con la satisfacción de ver que sigue aumentando

y que pronto uno se encuentra por la mitad era inconfortable. Pero el filme valía la pena. Ciertas escenas, diálogos, situaciones, logran dar la rara impresión de algo perfecto.

Aún tengo que ver la exposición Rouault y las dos obras increíbles del americano Wilson: "Le prologue" y "Le regard d'un sourd"; de esta última dijo Aragón que era "lo más hermoso que había visto en su vida". Pero no se pueden obtener entradas para tal obra maestra, me resigno entonces a hacer nueva cola en los Campos Eliseos para ver al genial Tati. Los admiradores de Mr. Hulot, que durante años esperan un nuevo filme se alegran al volver a ver el nuevo Chaplin cuya primera aparición, de espaldas, provoca en la sala un acceso de hilaridad. En "Traffic", Mr. Hulot tiene que llevar a una exposición internacional un modelo de auto realmente fuera de serie. Pero por la ruta le ocurren tantas aventuras que cuando llega al lugar de destino, la exposición, naturalmente, acaba de cerrar sus puertas.

Antes de poner esta carta al correo voy a ver la exposición recién inaugurada en "l'Orangerie", Artes de Islam. Encantadora y difícil dice "Le Monde". Hermosa como un tapiz raro y por secretos motivos inolvidable. Me recuerda mis viajes a Egipto, Siria, España, me encuentro en terreno fácil, familiar. El programa audio-visual que muestra jardines, palacios y mezzquitas me acerca tanto a sitios recorridos, a músicas recordadas, a impresiones persistentes, que por un momento no he vuelto a encontrar París si no el oculto jardín de la memoria.

Llega el lunes y el regreso al trabajo. Muy cerca de la Embajada me detengo en la "Place de l'Uruguay", ante el busto de Artigas inaugurado en 1962. En la piedra que soporta el busto del héroe se puede leer: "Artigas, fondateur de l'indépendance de l'Uruguay".

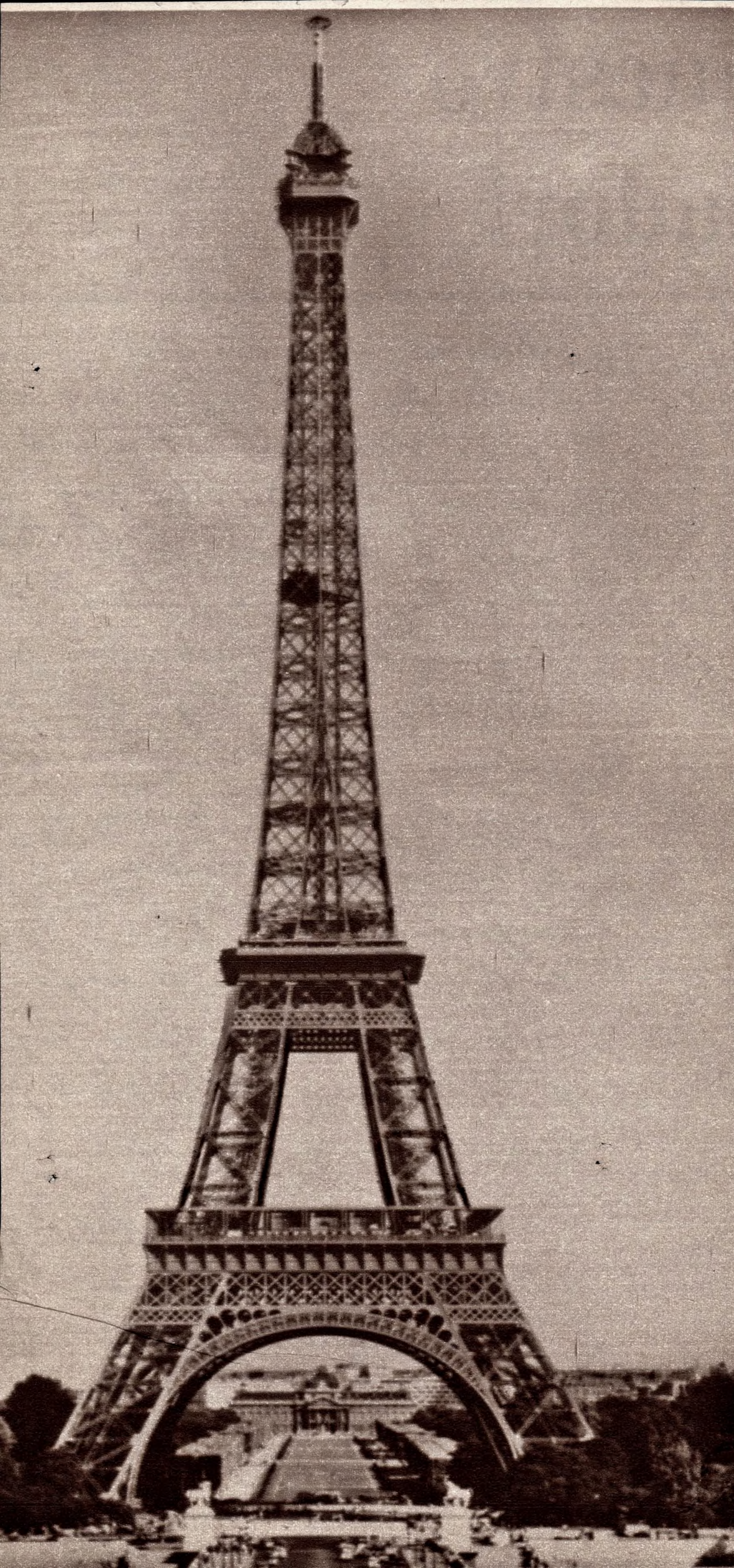
Me divierte reconocer algunos "graffiti". Nombres de compatriotas conocidos escritos con tinta o lápiz permanecen en la piedra complaciente. Al ver mi interés leyendo textos y por puro espíritu de imitación, una joven pareja se detiene y me pregunta quién es el personaje inmortalizado en el bronce. Hago una explicación que me parece adecuada y cruzo la avenue d'Iena, hasta llegar ante la magnífica reja de hierro, veo flamear al viento la bandera celeste y blanca con nuestro sol, único visible bajo el cielo gris.

II

Julio, 1971.

Llegó el verano de golpe y con furia. Ahora el calor es insuportable. Los que esperaban el sol para empezar las vacaciones superan kilómetros con entusiasmo y en su desesperación por encontrarse rápidamente con el fresco azul o verde multiplican los accidentes en las llamadas "routes des vacances". La prensa y la radio hacen cálculos y estadísticas impresionantes. Los que se quedan, especialmente los jóvenes, no resisten a la tentación de refrescarse, por lo menos, en





las fuentes de la capital, y los guardianes de la paz, con saco, cuello y corbata — pues el servicio debe cumplirse — se dedican a tirar las orejas de los bañistas improvisados.

Se van, miles por día, sin embargo París no queda vacío, aunque se transforme completamente. Esta es la "saison" para los turistas visitantes que nada tiene que ver con la "saison parisienne". Por todos lados y más que nunca todas las razas y todos los países del mundo están aquí representados. Caminan los turistas sin descanso por las calles. Con espíritu gregario admiran monumentos y obras de arte sin mayores protestas por las largas esperas para llegar a los lugares más famosos.

Cumpliendo con mi deseo de saludar a París entero, subí a lo alto de la Torre Eiffel. Mi París recuperado se ofrecía como algo secreto, como si en ese momento lo viera yo sola, como un misterio develado. El Sena, cómplice de tantos siglos de historia, de arte y de belleza aparece y se pierde ante mis ojos. París de los mil rostros. París, piedra y poesía. A lo lejos reconozco el Palacio del Louvre. Páginas de historia de Francia luchan en mi pensamiento. Al día siguiente, apenas abren, estoy ante las puertas del museo más grande del mundo.

Mi encuentro era nostálgico pues me recordaba las visitas de toda mi vida a través de grandes ausencias. Al entrar me recibe, como siempre, la Victoria de Samotracia, imponente y misteriosa. Me resulta urgente volver a ver lugares inmovilizados en el recuerdo. Empiezo por las antigüedades egipcias, entrando a la izquierda. Me alegra encontrar en sus mismos sitios, estelas, tumbas, estatuas colosales o pequeñas, como el inolvidable "escriba en cucullas". Obras de arte ante las cuales mi adolescencia se demostraba en busca de interrogantes y respuestas. Al subir al primer piso tengo que compartir mi museo del recuerdo con verdaderas multitudes. Ante la Venus de Milo o la Mona Lisa el turista dócil cumple su cometido y admira sin reservas, emocionado de haber podido llegar ahí, ante la creación genial. Sigo recorriendo salas y galerías hasta que me siento realmente extenuada. Recién entonces me doy cuenta que estoy caminando desde hace casi seis horas. Me resigno a dejar algo para la próxima vez y le agradezco a la pareja americana que al bajar en la puerta me entrega el taxi salvador.

Hoy es domingo y debo saludar a Notre Dame. Aparece de pronto. Se efectúan actualmente grandes trabajos en la plaza, ante la catedral y es difícil encontrar un lugar de contemplación perfecta. Me decido a entrar y un extraño nudo en la garganta me oprime de tal manera que lágrimas incontenibles brotan de mis ojos. Pienso en el pasado histórico de esta enorme nave, presente en los acontecimientos más importantes de la historia de Francia y de su pueblo, desde que San Luis, descalzo y con su corona de espinas se prosternó ante el altar. Se arrodilla Marie Antoinette, ruega Napoleón al ser coronado Emperador con pompa inmortalizada por los pinceles de David. Pero lo más importante, por formar parte de mi propia vida, es el recuerdo de la ceremonia de la liberación de París en agosto 1944.

Hablando de fechas históricas, hoy es 14 de julio y el pueblo se prepara, como es tradición, a bailar en la calle. Yo quiero, por primera vez, ver los famosos fuegos artificiales y a las nueve de la noche estoy navegando sobre el Sena. Pasamos delante de monumentos y puentes iluminados. Me llama la atención "la Conciergerie"; es que, según me dicen, no se consideraba como una de las hermosas construcciones de París y su iluminación es reciente. En esta noche calurosa tiene líneas armoniosas y parece especialmente alegre, como si no hubiera sido la verdadera antesala de la guillotina. Seguimos avanzando lentamente hasta encontrarnos con la Torre de Eiffel, símbolo de París. Con sus siete millones de kilos parece un enorme monstruo. Solo desde el Sena se podrá ver así, entera, con sus cuatro patas y su color indefinido. Aquí la lancha se detiene y se coloca en buen orden en primera fila. Irrumpiendo en forma insólita en el firmamento indefenso aparecen, al fin, los fuegos artificiales. Se puede oír un murmullo de admiración atravesar el espacio cuando el efecto se logra plenamente. Dura largo rato, el espectáculo cubre cada vez más espacio y el ruido es ensordecedor, hasta que suspiros de alivio o de pena anuncian el final. Nos ponemos en marcha con bastante olor a pólvora y a petróleo; rodeamos la isla San Luis hasta que nos liberan frente a Notre Dame, en el pequeño muelle.

París es siempre tema apasionado de discusiones. En lugar tradicional se encuentra el monumental mercado "Les Halles", desde el siglo XII. El arquitecto Baltard edificó en 1851, con espíritu renovador, el enorme conjunto metálico que es un ejemplo notable de arquitectura de hierro. Innovadores y conservadores, arquitectos y urbanistas, discuten desde hace medio siglo. Ahora está decidido. Todo desaparecerá muy pronto. Cuando vuelvan los parisienses de vacaciones, dice un diario partidario de la renovación, los trabajos estarán tan adelantados que los argumentos en contra habrán perdido toda actualidad.

Este fue un fin de semana de encuentros con el pasado y búsqueda del presente. Marcel Proust, actual como nunca, ha invadido las librerías. Hace cien años nacía uno de los genios de la literatura francesa. "La recherche du temps perdu", se esconde, como en mis épocas de estudiante, entre los papeles diversos de mi portafolio. No necesito leerlo, sino tenerlo así, en su presencia material, entre objetos y obligaciones cotidianas.

Ema RISSO PLATERO

(Especial para EL DIA)